

CAPÍTULO IV.

EL CONVENTO DE LOS FRANCISCANOS EN LA RÁBIDA.—DUDAS COSMOGRÁFICAS DEL PADRE GUARDIAN JUAN PEREZ DE MARCHENA.—LLEGADA CASUAL DE COLON Á DICHO CONVENTO.—HOSPITALIDAD QUE LE DAN.—AMISTAD QUE SE ESTABLECE ENTRE COLON Y JUAN PEREZ DE MARCHENA.—EL PADRE GUARDIAN LO RECOMIENDA AL CONFESOR DE LA REINA.

§ I.

Á media legua próximamente del puerto de Palos, á la vista del Océano, se levanta un promontorio de áspera subida y cortada pendiente; su falda se veía antiguamente sembrada de viñas salpicadas de higueras, y su cima coronada de un bosque de pinos parecía flotar en las nubes. Semejante al nido de la paloma entre cipreses, un monasterio escondido en el bosque, levantaba su campanario por encima de la copa susurrante de los árboles, de los cuales se exhalaba saludable aroma que iba á reunirse con el suave perfume del tomillo y de los espliegos que brotan á sus piés.

Aquel convento, que habitaban entónces religiosos de San Francisco, estaba dedicado á la Virgen. Llamábase Santa Maria de la Rábida. Fué construido sobre las ruinas de uno de aquellos templos que el páganismo acostumbraba edificar en los bosques sagrados y en sitios montuosos. No ofrecia unidad de estilo el edificio, todo revocado de cal segun el estilo árabe. Veíase que se había ensanchado en diversas épocas, segun las necesidades, sin cuidarse de la simetría ni de la arquitectura; dentro de su cerco se encerraban dos claustros interiores, una iglesia con su fachada de forma ojival, y un jardin donde crecian los jazmines morunos entre los pámpanos de las vides que festoneaban el paseo de verano, poblado de limoneros y romerales.

Desde el techo del convento, cuya cúpula, rodeada de una baranda de mampostería, pudo servir otras veces de observatorio, abarca la mirada un vasto horizonte

de la parte de tierra. Desde las llanuras regadas por el Guadalquivir, se extiende á las montañas de Portugal, cuyos piés baña el Guadiana, señalando la frontera; y pueden contarse las numerosas corrientes de agua y las poblaciones de la provincia de Huelva, mientras que de la parte del mar sólo termina en la inmensidad de las aguas.

En julio de 1485, fué nombrado padre Guardian de dicho convento un hombre para con quien fueron sus contemporáneos culpables de ingratitud, pero que no podríamos olvidar en nuestra historia.

Sometido voluntariamente este religioso á la regla de su instituto, ofrecía á su comunidad el ejemplo de un perfecto discípulo de San Francisco. Era persona edificante, y la fama de su piedad había traspasado las paredes de la clausura de la Rábida. Sin pensarlo, se había visto llamado á la Corte. Algunas veces le había pedido su consejo la reina Isabel; y le apreciaba tanto, que quiso confiar su conciencia á los sabios consejos de aquel fraile. Fué, efectivamente, su confesor; pero, el humilde franciscano no pudo soportar el bullicio de la Corte. Aquel fraile sólo deseaba la tranquilidad y la regularidad metódica del claustro, y tanto instó, que al fin logró volver á él. No le estimaba solamente la reina como religioso de santa vida, como guía espiritual y gran teólogo; honraba también su modestia que no podía ocultar enteramente su ciencia; tenía por hábil astrónomo (1) y excelente cosmógrafo; llegando hasta nosotros el testimonio que tributaba á la vez á su saber y á su humildad.

Este franciscano se llamaba fray Juan Perez de Marchena.

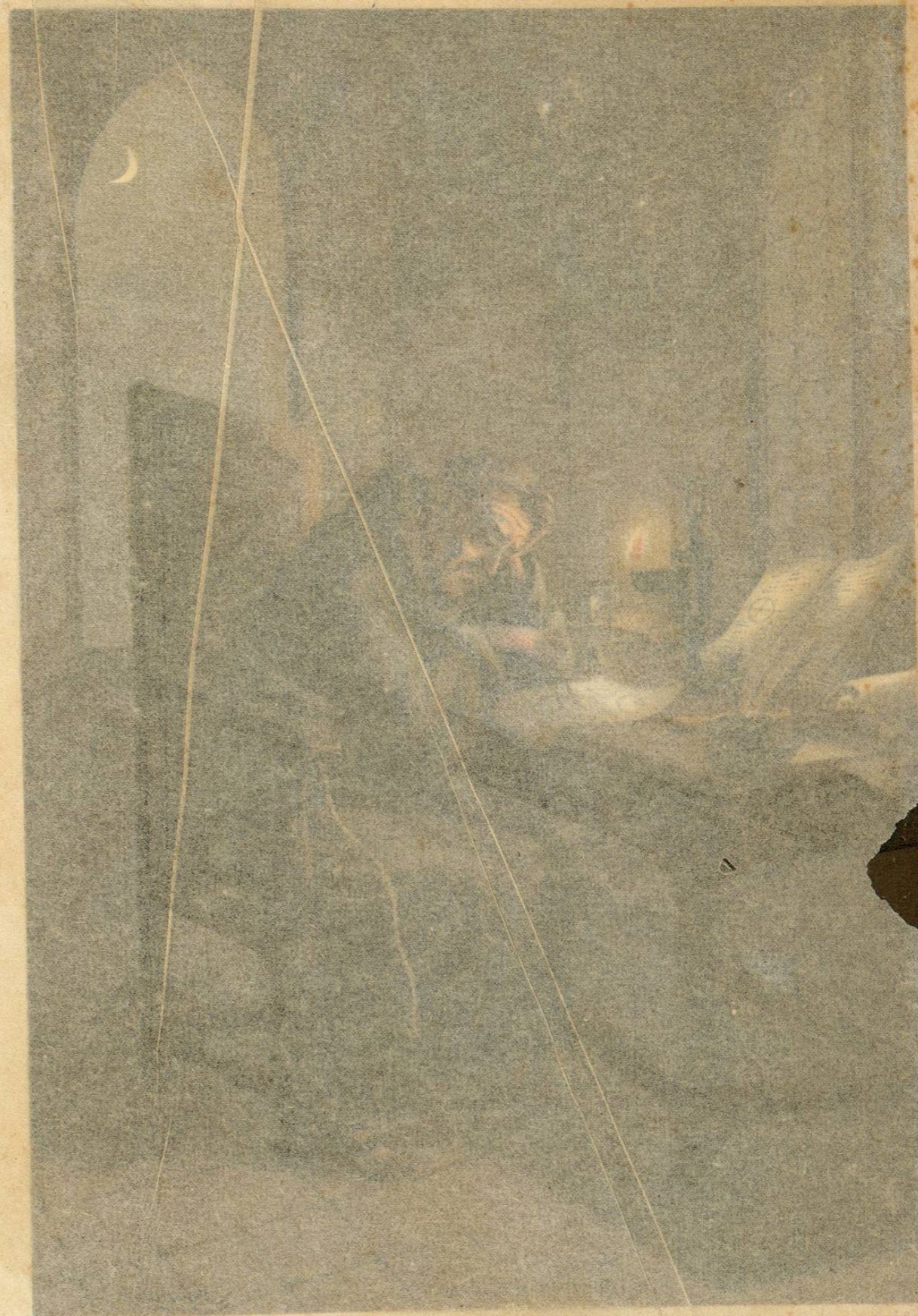
Su fervorosa piedad no había ahogado su inclinación á las matemáticas, y el conocimiento que tenía de las ciencias exactas no perjudicaba en lo más mínimo su afición á las letras. No cabe duda ninguna tocante á la variedad de su saber. El cronista imperial Oviedo dice que «este religioso era gran Cosmógrafo,» el historiador real don Antonio de Herrera añade que era «gran humanista (2),» es decir, erudito y literato. López de Gomara, historiador de las Indias, menciona igualmente su afición á la literatura y sus especiales conocimientos en las ciencias (3). Tocante á la excelencia de su virtud, la certificó al sumo pontífice Leon X el primer obispo de las Antillas. El ilustrísimo Alejandro Geraldini habla «de su vida piadosa y de su santidad reconocida en todas partes (4).»

(1) «Porque es un buen astrólogo, y siempre nos pareció que, etc.» — *Carta de la reina Isabel á Cristóbal Colón, del 5 Setiembre 1493*. Documentos diplomáticos, núm. LXXI.

(2) Oviedo, *Historia natural y general de las Indias*, lib. II, cap. v. — Herrera, *Hist. gener.*, década I, lib. I, cap. vii.

(3) «Cosmógrafo y humanista.» — López de Gomara, *Historia de las Indias*.

(4) «Homo vita, religione et sanctimonia undique probatus.» — *Itinerarium ad regiones sub æquinotiali plaga constitutas, Alexandri Geraldini Amerini, episcopi*, etc. liber XIV.



P. JUAN PEREZ DE MARCHENA

Las aguas regadas por el río de San Pedro, se extiende
pues hasta el Guadiana, marcando la frontera;
cortaduras de aguas y las poblaciones de la pro-
vincia que de la parte del mar sólo termina en la inmensidad

En 1525, fué nombrado padre Guardian de dicho convento un hombre
que no quieti fueron sus contemporáneos culpables de ingratitude, pero que no
podemos olvidar en nuestra historia.

Sometido voluntariamente este religioso á la regla de su instituto, ofrecia á su
comunidad el ejemplo de un perfecto discípulo de San Francisco. Era persona
edificante. La fama de su piedad habia traspasado las paredes de la clausura de
la Real. Su pensario, se hábia sido llamado á la Corte. Muchas veces le habia
pedido la reina Isabel, y la apraia tanto, que pudo confiar su con-
ciencia á este hombre como á aquel fraile, y electivamente, su confesor; pero,
el hombre no podia soportar el bullicio de la Corte. Aquel fraile
de la clausura, la regularidad metódica del claustro, y tanto instó,
que se fin logró volver á él. No le estimaba solamente la reina como religioso de
santa vida, como guía espiritual y gran teólogo; honraba también su modestia que
no podía ocupar voluntariamente su puesto; le tributa por hábil astrónomo (1) y
excelente cronista. Respetado como maestro de la astronomía, le tributaba á la vez

Este fraile, que se inclinó á las matemáticas, y el
de las ciencias exactas no perjudicó en lo más mínimo
su adición á las ciencias humanas, ninguna tocante á la variedad de su saber.
El cronista de la Real Audiencia de Sevilla, el religioso era «gran cosmógrafo;» el
historiador de la Real Audiencia de Sevilla, que era «gran humanista (2),»
es decir, erudito en todas las ciencias, como el de Gomara, historiador de las Indias, menciona
igualmente su erudición en la historia y sus especiales conocimientos en las cien-
cias (3). Tocante á su virtud, la certifica el sumo pontífice
Juan X al papa Gregorio XIII. «Austrosimum Alejandro Geraldini habla
de él en todas partes (4).»

(1) «Porque es un hombre que, como nos pareció que... de la reina Isabel á Cristóbal
Colón; del 5 de Setiembre 1519, en los expedientes diplomáticos, núm. LXXI.
(2) Oviedo, *Historia general de las Indias*, lib. II, cap. 1.º Herrera, *Hist. gener.*, década 1.
lib. I, cap. vii.
(3) «Cosmógrafo y cronista.» Cap. de Gomara, *Historia de las Indias*.
(4) «Homo vita, moribus et doctrina nullique probatus.» — *Itinerarium ad regiones sub æquinotiali
plaga constitutas*, A. Ludovici Geraldini, *Itinerarium, etc.* liber XIV.



P. JUAN PEREZ DE MARCHENA

Después de haber consignado la superioridad intelectual y ascética de ese franciscano, puede vérselo con la imaginación en la cúpula de la Iglesia donde, por su cualidad de astrónomo, había fijado una especie de observatorio. Sólo usaba de sus prerrogativas de superior para ensanchar el campo de su meditación y prolongar el tiempo de sus estudios.

Á menudo, durante el sueño de sus religiosos, en las noches serenas, elevando el padre Juan Perez de Marchena su alma hacia el Criador de los Mundos, seguía atentamente el armónico curso de los astros. De día, en los momentos que le dejaban libres los oficios del coro, subía otra vez al mismo sitio de sus importantes y atrevidas investigaciones, que nadie quizás soñaba entonces en España. Á la vista de las olas que iban á perderse en lontananza, hacia el occidente, preguntábase si allende aquellos espacios inconmensurables, que ningun buque había traspasado jamás, se extendía realmente el imperio del MAR TENEBROSO, de aquel formidable Océano, llamado con este nombre á causa de las tinieblas que cubrían su profundidad insondable y sus incalculables límites.

Esta duda indicaba ya un progreso.

La idea que tenían los cosmógrafos respecto al MAR TENEBROSO, era verdaderamente confusa. Unos aseguraban que navegando continuamente hácia el oeste, en línea recta, durante tres años, no se llegaría aún á la costa. Otros decían que las olas del MAR TENEBROSO se prolongaban hasta lo infinito, y que no tenían límites. Según sus diversas opiniones acerca de la forma de la Tierra, cada maestro de geografía variaba de sistema con respecto al MAR TENEBROSO; pero el padre Juan Perez de Marchena, sin dejarse imponer por los geógrafos árabes y los pilotos célebres, se preguntaba si allende el mar no había tierras ignoradas de los cristianos. Su celo por la salvación de los pueblos que no tenían noticia del Cristo, el deseo de ver el santo nombre de Jesús bendecido en todas las naciones, le repetían continuamente esta pregunta: ¿No hay nada allende esa inmensidad?

Sus presentimientos le daban siempre una respuesta afirmativa. El Guardian de la Rábida, independientemente de sus conocimientos teóricos, por sus frecuentes relaciones con los marinos de Palos, pueblecito abandonado hoy, pero centro en aquella época de relaciones lejanas, se hallaba muy al corriente de las expediciones de los portugueses en la costa occidental del África, y enterado de los descubrimientos verificados en las Azores y en el cabo Verde. Dominaba además la creencia vulgar de los marinos de sus inmediaciones.

Un día, mientras libre de las ocupaciones de su cargo, pasaba cerca de la habitación del hermano portero, vió en el locutorio exterior á García Hernández, el médico de la comunidad, llegado de Palos, mirando sorprendido á un viajero que, llegando á pié acompañado de un niño, en aquel sitio tan apartado del camino, pedía al fraile portero un poco de agua y pan para su hijo. El padre Guardian notó